

Meditación sobre

La cruz de Taizé.



Los iconos

Los iconos ayudan a que la oración sea bella. Son como ventanas que se abren hacia las realidades del Reino de Dios y las hacen presentes en nuestra oración aquí en la tierra. Son una llamada a nuestra propia transfiguración. Siendo imagen, el icono no es solamente pura ilustración o decoración. El icono es el símbolo de la encarnación, es presencia que ofrece a los ojos el mensaje espiritual que la Palabra dirige a los oídos.

El fundamento de los iconos es, según san Juan Damasceno (siglo VIII), la venida de Cristo a la tierra. La salvación está unida a la encarnación del verbo divino y en consecuencia a la materia. «En otros tiempos, Dios, el incorporeal y el invisible, nunca era representado. Pero ahora que Dios se ha manifestado en la carne y ha habitado entre los hombres, represento lo visible de Dios. No adoro la materia, sino adoro al creador de la materia, que se ha vuelto materia por mi causa, que ha querido habitar la materia y que, por la materia, ha logrado mi salvación». Por la fe que expresa, por su belleza y por su profundidad, el icono puede abrir un espacio de paz y sostener una espera. Invita a acoger el misterio de la salvación incluso en la carne y hasta en la creación.

(Tomado de la página Web: <http://www.taize.fr/es>)

Preparación para la meditación

Recógete en un sitio tranquilo.

Asume una posición cómoda que te permita concentrarte en la imagen (evita en lo posible que las cosas de alrededor te distraigan). Puedes encender una pequeña vela.

Respira hondo tres o cuatro veces aspirando y expulsando el aire muy despacio y luego lentamente haz esta oración:



Ven, Espíritu de sabiduría
ayúdame a contemplar a Cristo crucificado.
Abre mi mente para comprender
y mi corazón para sentir
el amor que se entrega en esta cruz.
Hazme anidar bajo sus brazos
y líbrame del espanto de su horror.

Recorrido orante por el icono

Poco a poco vete recorriendo los distintos elementos del icono.
Recuerda que lo importante es tu encuentro con Cristo que te busca.

1. Fíjate en el color granate que bordea la cruz creando un **fondo neutro**, sin figuración alguna. Se han hecho desaparecer todo rastro de la creación y de la historia. Así somos invitados a fijar nuestros ojos en Jesús (Hb 12, 2), sin distracciones. Venimos del mundo y volveremos a él, pero por un momento nada importa más que Cristo y nosotros: Tú y él, él y tú.

→ Concentra tu mirada interior en Cristo

y con los ojos cerrados repite en tu corazón: *Sólo tú, Señor, sólo tú.*

2. El **cuerpo de Jesús** es oscuro, constituido por una carne ennegrecida por la historia de pecado de los hombres que en la cruz se le impone. Son las tinieblas que le visten cuando el pecado golpea su carne (Lc 23, 44). Además sus pies están envueltos en un espacio negro, signo de la oscuridad del abandono y la muerte.

La oscuridad nos recuerda que Cristo ha visitado el fondo oscuro de nuestro pecado, de nuestras desgracias, que su encarnación vivió realmente la tristeza de ser hombre en este mundo tan poco humano.

Descendió a los infiernos para poder romper sus lazos y recogernos en su mismo cuerpo.

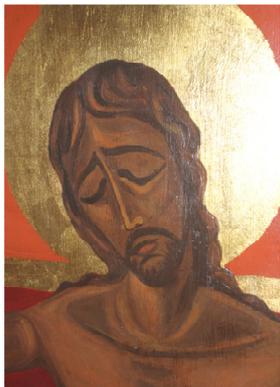
→ Párate a gustar esta verdad: No hay ningún lugar, ni situación, ni momento... donde estemos solos dejados de la mano de Dios. Di a tu corazón: *Si subo al cielo allí está el Señor, si caigo en el abismo allí puedo encontrarlo* (Sal 139, 8).



3. Como contraste, bordeando la figura de la cruz se dibuja una **ancha línea dorada** en dos partes. La primera crea un espacio cerrado en lo alto, donde se encuentra el ángel, es el cielo. La segunda enmarca el cuerpo crucificado de Cristo. El dorado representa la gloria de Dios y ahora recubre a Jesús. Cristo participa de la gloria de Dios, de su vida, no es un muerto, sino el resucitado nimbado ya por la vida eterna de Dios. Se nos invita a recordar no sólo los acontecimientos trágicos de su vida, sino su presencia viva.

Él ya ha vencido y exhibe la impotencia del odio y la muerte que en la cruz, queriendo destruirle, fueron aniquiladas. Así, vivo, está frente a nosotros y nos busca para, mostrándonos su cuerpo envuelto por la gloria de Dios, arrancar nuestros miedos y abrirnos el camino de la fe.

→ Repite en tu corazón: *Señor, amigo, tú has vencido al mundo.*



4. Ahora fíjate en **el rostro** de Jesús.

- Su cabeza está inclinada y con los ojos cerrados. En su muerte representada descansa en el Padre. Este gesto es la señal de su fe, de su confianza radical en medio de la angustia. El rostro inclinado no presenta la desfiguración de la agonía y la tortura, porque sobre él se ha dibujado la belleza de fe y amor de su corazón.

- Además el silencio, *como un codero llevado al matadero...* (Is 53, 1-7). Su boca suavemente cerrada no acusa, no insulta, no devuelve mal por mal. En medio del odio ofrece paz, en medio del sufrimiento esperanza a quien sepa mirar.

→ Repite en tu interior:

Hazme, Señor, descansar en ti. Dame, Señor, tu fe.

5. Pasa a **los personajes** que aparecen rodeándole:



- Arriba en lo alto de la cruz está representado el cielo. Desde él **un ángel** trae en sus manos un cáliz. Este cáliz es la voluntad de Dios aceptada por Cristo, que aceptando los sufrimientos de su pasión muestra a los hombres la paciencia, la misericordia y el perdón del Padre.

Por eso, Cristo mismo se convierte ahora en cáliz de donde beber y su costado abierto la fuente de la vida y el amor (1 Cor 10, 16).

Además este ángel nos indica que se está cumpliendo el verdadero bautismo de Cristo (Mc 10, 38) y nos recuerda las palabras de Dios en él: *Este es el Hijo amado en quien Dios se complace* (Mc 1, 11).



- A la derecha del Cristo está **su Madre**, representando a **la iglesia**. En pie, fuera del radio del dorado divino, resistiendo en medio de un mundo que todavía no ha alcanzado su consumación. Ella vive con los brazos abiertos y extendidos, recogiendo la sangre del costado de Cristo y alimentándose de esta vida de amor dado.

→ Pregunta a tu interior si se alimenta de este amor.

- A la izquierda está **el discípulo amado** que permanece al lado de su Señor cuando todo parece perderse. Una mano sostiene el libro de las Escrituras que ahora ante la pasión de Cristo se abren y comprenden (Lc 24, 25-27).

La otra recogida sobre el pecho, guardando en lo profundo de su corazón la memoria de lo contemplado para compartirlo luego (Jn 21, 24).

→ Repite: *Crea en mí un corazón puro, que te comprenda, que te acoja.*



- Los dos permanecen con **la mirada elevada** hacia la victoria conseguida en la cruz. Es así como la Iglesia, meditando día y noche la vida entregada de Jesús, adquiere fuerza y esperanza para sostenerse en pie.

→ Repite en tu interior: *Dichoso el que medita día y noche tus caminos.*

- Además los dos está **recogidos bajo los brazos de Cristo**. El mismo se había ofrecido con ternura comparándose a sí mismo con una gallina que busca a sus poyuelos para protegerlos (Lc 13, 34). Los brazos extendidos de Cristo semejan igualmente las ramas frondosas de aquella pequeña semilla de mostaza que ahora se manifiesta como cobijo de todas las criaturas del Dios.

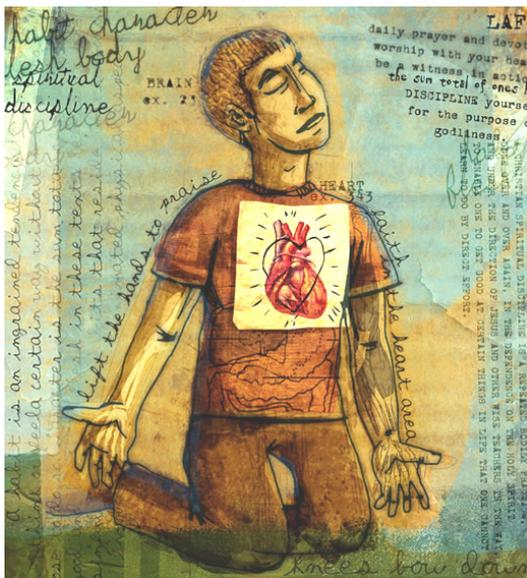
→ Repite en tu corazón: *Guárdame como a la niña de tus ojos, protégame a la sombra de tus alas(Sal 17, 8; 57, 2; 63, 8).*

- Aunque los dos permanecen **fuera del marco dorado** de la gloria, los dos están ya **aureolados** con la vida divina. Representan a los que por la fe reciben el aliento divino que nadie les puede arrebatar. *No tengáis miedo pues habéis recibido el Espíritu de Cristo y ahora sois coherederos de su gloria. Compartimos con él sus sufrimientos para ser con él glorificados* (Rom 8, 15-17). Con la luz de la victoria de Cristo ellos se llenan de luz y así pueden vencer las tinieblas de su alma y caminar en medio de la oscuridad del mundo.

→ Da gracias a Dios por el don de la fe y repite: *Tu luz, Señor, nos hace ver la luz.*

6. Por último, centra tu mirada y concéntrate en los sentimientos que Dios haya suscitado en ti y **déjate llevar** durante unos instantes en medio de tu recogimiento.

Oración para terminar la meditación



Que admirable es tu amor,
Señor,
por eso los humanos
se cobijan
a la sombra de tus alas
se sacian
con las provisiones de tu casa,
y en el torrente de tus delicias
abrevan su sed.
Qué admirable es tu amor.
En ti, Señor,
está la fuente de la vida,
y tu luz nos hace ver la luz.

(Sal 36, 8-10)